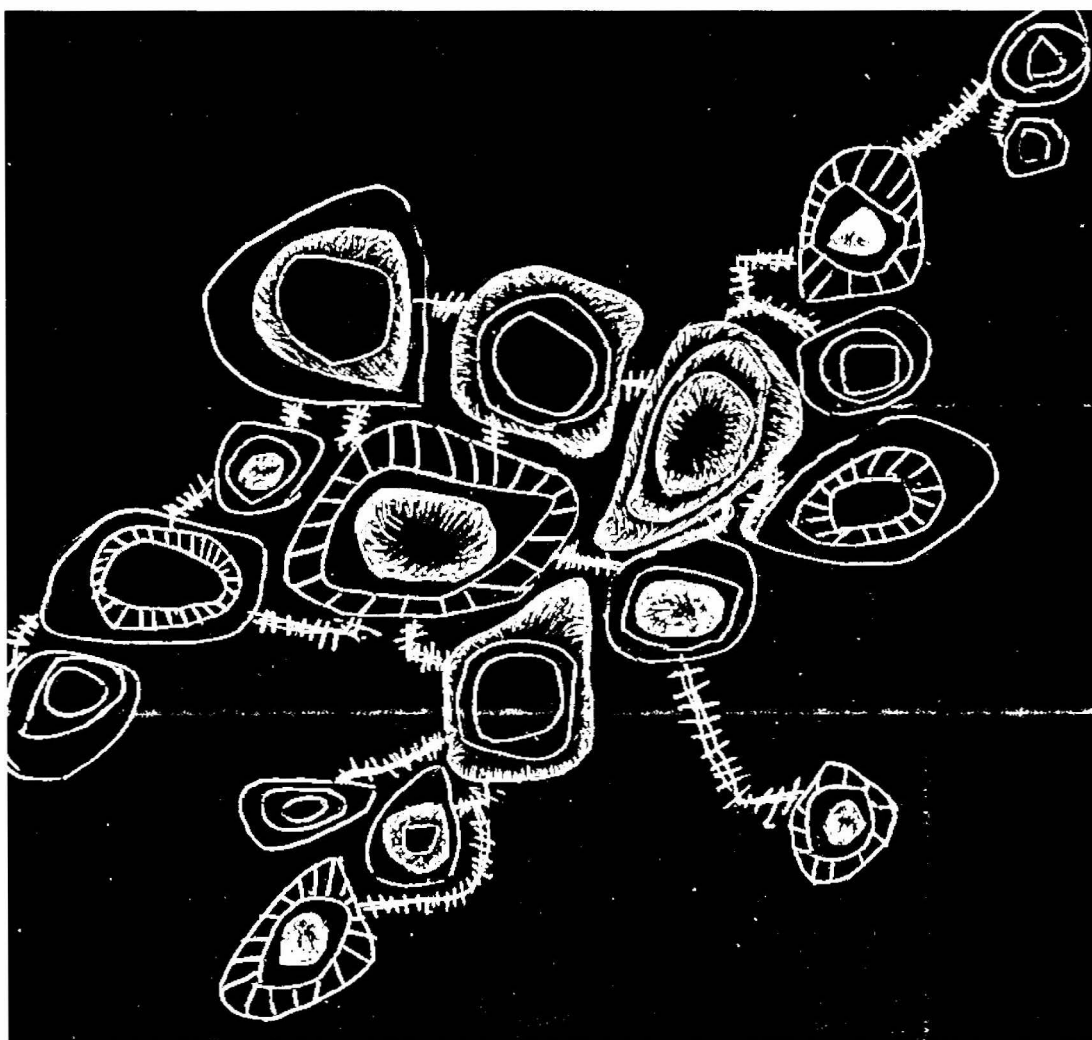

LA CIUDAD Y LAS INTERSECCIONES DEL HABLA

Jorge Echavarría Carvajal



“Mandelbrot suele decir que las nubes no son esferas. Ni los montes conos. Ni el rayo fulmina en línea recta. La nueva geometría refleja un universo áspero, no liso, escabroso, no suave. Es la geometría de lo picado, ahondado, quebrado, de lo retorcido, enmarañado y entrelazado”

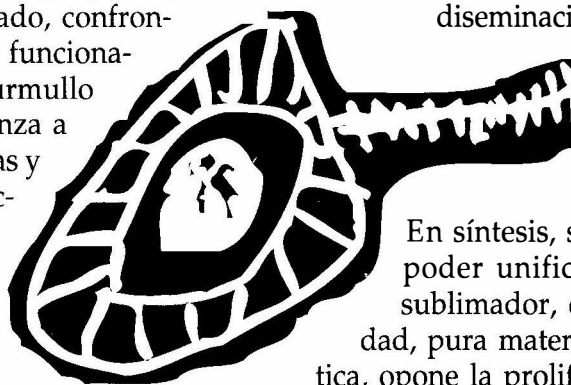
JAMES GLEICK: *Caos*.

La reserva forestal de Piedras Blancas se asoma sobre el filo de las montañas que configuran el oriente de Medellín. De ese lado, verdor y viento fresco; del lado de Medellín, barrios innúmeros de color ladrillo que, empinados, parecen querer escapar loma arriba. Atentos, los oídos son golpeados por un rumor unánime, voz de ciudad, habla de urbe, mezcla de vibraciones sin cuenta que vanamente nos empeñamos en individualizar y distinguir. Pero, ¿será este el camino correcto para escuchar esa voz urbana? ¿Habrà, tras ese rumor que evoca un público en un gran estadio, la posibilidad de discernir algo así como “las palabras de la tribu”, como quiso Mallarmé? Este trabajo quiere proponer algunas estrategias, vías alternas, que permitan proponer la dimensión comunicación-ciudad, concretada como “habla de lo urbano”, en términos menos literales que lo que frecuentemente se oye y lee, términos que permitan la apertura a sugerencias y guiños que sin necesidad de dar respuestas concluyentes y pretenciosamente sospechosas, desarmen lugares comunes en las aproximaciones al tema que hoy nos convoca.

I

Sugerir, de entrada, que las ciudades “hablan”, ¿no será ponernos del lado de ese supuesto que da privilegio excluyente a un lenguaje fónico que, logocéntricamente, organizaría todo lo que puede decir la ciudad como “verdad”, tal como Derrida denunció? Añadamos a esto que la antropomorfización de la ciudad, también implícita, el verla como entidad hablante, no puede menos que embarcarnos en la inútil escucha de un siempre pospuesto significado tras-

cidental, que, agazapado en el fondo de la voz, nos devolvería la vivencia originaria, cifrada como voz. Así, la tarea infinita de aislar y comprender en el murmullo apabullante de la ciudad la expresión de la anhelada verdad, sólo puede cesar cuando comprendemos que "no hay un significado único y exclusivo, una verdad única, hay un texto plural en significados y temas diseminados, cuyas diferencias engendran el significado" (Bolívar Betia, 1990. p.182). Así, en la misma línea derridiana, al logocentrismo idealista le oponemos la noción de lengua como juego formal de diferencias y oposiciones, y a la pregunta por la verdad, por el significado, confrontamos la pregunta por el funcionamiento, y entonces el murmullo otrora ininteligible comienza a mostrar funciones, agencias y flujos que hablarían de actividad diurna o calma de día festivo; de campanas que convocan o de ululantes sirenas que proclaman la tragedia ya presentida; de gallos rurales que se empeñan en competir, desde terrazas de barriada con un tiempo de ciudad que ya ignora sus ritmos de campo. Este juego plural, no agotable en la enumeración minuciosa, deja de lado la supuesta esencia citadina, que, como el Santo Grial de fin de milenio, debería ser atrapada: los signos diversos que mutuamente se remiten, tejiendo y destejiendo confrontaciones residuales, identidades devinientes, intercambios no planeados entre habitantes y medio ambiente construido, emisiones que se escapan por las márgenes de los canales organizados y controlados. Hace ya mucho que la ciudad, lejos de ser un objeto geométrico, viene pi-



diendo que se le oiga por fuera de las lógicas comunicacionales que los medios, siempre aliados con poderes variopintos, han venido proponiendo. A partir de tales esquemas, la ciudad aparece como incomunicada, cuando su topografía de anfiteatro y su sociedad endogámica y clasista circula con velocidad pasmosa las informaciones que convienen a sus sueños y necesidades; el mapa fijo del planeador se empeña en ser válido, a pesar del mapa movedizo que lo niega, instaurando "lugares", no divisiones administrativas o políticas. Al discurso milenarista, añoranza de órdenes y controles fascistoides, la ciudad responde con "la

diseminación del poder hasta que quede reducido a una serie de instancias minúsculas e insignificantes" (Rubert de Ventós, 1986. p. 11).

En síntesis, si los medios juegan al poder unificador, homogenizante, sublimador, de los símbolos, la ciudad, pura materialidad compleja y caótica, opone la proliferación, estrategia desde donde entendemos, ya sin sobresalto, la advertencia de un ilustre arquitecto argentino, cuando dice que "la metrópolis contemporánea, con su diseminación-pulverización en el territorio, no es el estado transitorio de una evolución que reconducirá alguna vez a alguna armonía antigua o nueva. La metrópolis contemporánea, con su entropía, con la reducción a dimensiones ridículas de los antiguos "centros", a la que se añade, su estallido y multiplicación en múltiples núcleos periféricos, es ya, de hecho, algo nuevo en la historia humana. Ningún destino de unidad y de orden le espera en ningún futuro" (Liernur, 1991, p. 105). Una pluralidad tal exige, cuando menos, una nueva

manera de entender sus dinámicas de intercambio, sus juegos comunicacionales, sus estrategias diseminadas y precariamente temporales, pero, tal vez por ello mismo, por su negativa a pesar de ser hipótesis funcionales y no principios, modos de hacer y no metodologías, se erigen como infinitamente más fuertes y efectivas. Un paso siguiente a la constatación de la hibridización cultural, será la redefinición fractal, caótica, de ciudad y comunicación, no como fenómenos indeseables y que deben controlarse, sino como un nuevo espectro de realidad potencialmente más diverso.

II

En su lección inaugural dictada en el Colegio de Francia en 1992, Umberto Eco presenta un razonamiento que puede ayudarnos a imaginar otro escenario de intelección sobre el habla urbana: "Existe una singular teoría de los orígenes del lenguaje en un pensador árabe del siglo undécimo, Ibn Hazm. Las lenguas no podrían nacer por convención, porque para establecer las reglas los hombres habrían tenido de todas formas necesidad de una lengua precedente. Así pues, existía al principio una lengua dada por Dios, tan rica en nombres y sinónimos que a través de ella Adán pudo nombrar sin ambigüedad todas las cosas del universo. Pero entonces aquella debía comprender todas las lenguas" (Eco, 1994.p.12). Contado así, Babel no sería pues confusión por la intromisión de nuevas lenguas, sino el fracaso de la lengua única que ya contenía todas las posibles formas humanas de lenguaje, así que Eco concluye que "Babel no representaría la herida de la que hay que curarse, sino el don primordial que tenemos que reconquistar".

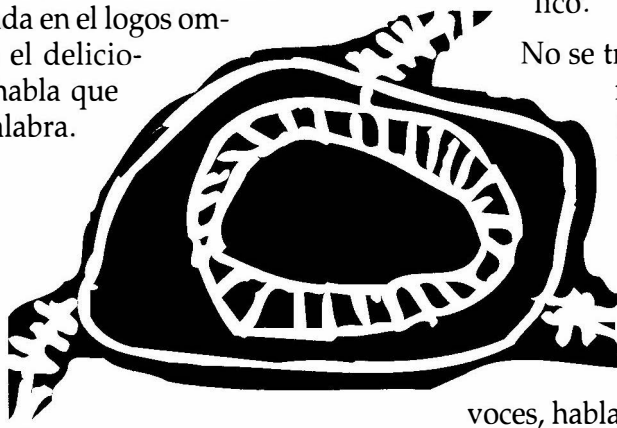
Cada vez más cercanos, los lenguajes se mezclan en el ámbito urbano. Derruido el muro y las fronteras, mezclados los modos narrativos en virtud del "zapping" que el control remoto hizo posible, convocados todos los símbolos en las pantallas, combinado lo exótico y lo familiar, reunido lo local y lo global, el lenguaje de las urbes habla con mil voces que combinan mil códigos. Heteroglosia que es resultado de la extraordinaria atracción que las sociedades urbanas contemporáneas sienten hacia los códigos, sin importar su procedencia. Y más que traducirlos, la descodificación opera como destrucción, a fin de "asignarles funciones arcaicas, folklóricas, residuales" (Deleuze y Guattari. 1994, p. 253). Esta operación de descuartizamiento de códigos está al centro mismo del fluir desterritorializado de lo urbano, permitiendo reterritorializar. Hablas hechas de trozos atrevidamente injertados, trasplantados sin permisos de aduanas idiomáticas, funcionan no comunicativamente sino como anclajes de las neotribus urbanas, que escapan así al anonimato, hablas hechas de trozos-código que devienen hablas-territorio: el canal de T.V. de Aranjuez, canal artesanal donde precariamente se apropian las tecnologías de imagen, pasa una programación donde los cumpleaños de sus abonados, un video clip de Madonna repetido hasta la saciedad por solicitud de los televidentes, el partido de fútbol intercalles y una santa misa que utiliza, a pesar de la Curia, el diferido. Habla que territorializa unas cuantas manzanas de ciudad, carnavalizando los géneros y trasplantando prácticas de otros medios (las solicitudes telefónicas en la radio popular), que incluso hoy copian los medios oficiales: habla urgente, donde los trozos de código

permiten encuentros intergeneracionales, reconocimientos y alteridades.

El filósofo francés Michel Serres describe el modelo "paráclito" de comunicación, como un sistema donde no hay ya mediadores, ni generales ni locales, donde se han fundido los canales y todo se mezcla y se conecta, promiscuo. El murmullo no está hecho ya de sonidos, sino del ruido del viento paráclito, viento de fuego que devuelve el don de las lenguas plurales. Y tales hablas ya niquiera son puramente lenguajes: el optimismo semiótico retrocede ante unas hablas heteroglósicas donde hay también imágenes, ritmos, velocidades, sabores, trozos apenas distinguibles de códigos perceptualmente diversos: al modelo lineal, consagrado por la pareja voz-grafismo, habla-escritura, opondríamos un modelo de resonancia múltiple, modelo de complejidades donde las textualidades se hacen texturas, sabores, ritmos: ecos perceptivos que habían sido desterrados por un logos convertido en muralla, otredades de habla que hablan del cuerpo vivo y, por eso mismo, hablas que nos pueden rescatar hoy a nuestra condición de habitantes que pueden hablarse desde la vida, no ya, a pesar de Habermas, con la mediación única de la racionalidad comunicativa asentada en el logos omnipotente, sino con el delicioso entregarse a un habla que no se agota en la palabra.

III

"¿Cómo evitar que los niños se conecten a las semióticas dominantes hasta



el punto de perder demasiado pronto toda verdadera libertad de expresión?", se pregunta Guattari (1994. p.172). Y esta pregunta apunta, a mi modo de ver, a la verdadera dimensión de la ya no tan obvia relación entre ciudad y comunicación, aquella donde se negocian las predominancias de fuerzas centrípetas (unificadoras, centralizantes) o centrífugas (descentralizantes, diferenciadoras), en la construcción de la heteroglosia urbana, utilizando la analítica del Mijail Bakhtine. O, en los propios términos de Guattari, la confrontación entre semióticas simbólicas (donde se pone en juego una multiplicidad de estratos que se superponen, remiten unos a otros sin predominancias) y las semióticas significantes (donde la polivocidad expresiva se hace dependiente de una archiescritura signifiante). Operando en esta arena de confrontación, el proyecto moderno de ciudad quiso desterrar los componentes no jerarquizados de las semióticas simbólicas, reduciéndolos a los símbolos unívocos del poder, en tanto que nuestra caótica ciudad contemporánea, no como único proyecto, sino como haz de propuestas que tal vez materializan un zeitgeist, propone una micropolítica de lugares semióticamente diferenciados en lo simbólico.

No se trata de defender, me apuro a añadir aquí, un irracionalismo urbano a ultranza, sino de entender, con Bakhtine que la conversación dialógica se hace posible cuando las voces que en ella intervienen son, todas y cada una de ellas, pluralidad de voces, habla-fragmento. Tampoco trata de glorificar las miserias que, consuelo de

tontos como enseña el refrán, ya no son nuestra "exclusividad": más bien, las micrópolis que componen las megápolis inhumanas, permiten volver a establecer contactos e intercambios que superen la ecuación gemela entre producción de espacio urbano y producción de información, lado perverso donde "habitar, saber o divertirse dejan de ser actividades que se ejercen y se comparten para transformarse en bienes que se consumen - y se agradecen"- (Rubert de Ventós. 1986. P.104). Hacer y compartir ciudad y

habla serán las operaciones inversas, donde en medio del flujo continuo, será posible tratar de entender la novedad absoluta de este nuevo espacio, tan parecido a las falsas nostalgias de orden, pero tan cercano a la redefinición de unas nuevas tareas que permitan a lo humano expresarse en toda su rica diversidad, intersecciones de multiplicidad donde el murmullo anónimo de ciudad convoca, otra vez, al habitante, dotado de nuevo del don de las lenguas fundidas en una sola: la que habla la ciudad.

